

tos, resultando de este aprendizaje una riqueza indecible en la lengua que usaron, en la variedad de las frases y formas de decir, en la elocuencia de la dicción, con que se esforzaron por igualar la grandeza de las ideas y la exaltación de los afectos que conmovían sus almas.

De Racine se dice que le bastaron mil doscientas palabras para escribir todos sus dramas. De seguro no puede afirmarse cosa semejante de ninguno de los autores dramáticos españoles. Su lengua es más copiosa, su diccionario más rico, más variado y abundante. Espaciándose libremente por los campos abiertos á la investigación humana, reciben mayor número de impresiones de los objetos á que tiende su vista. Pene- trando en el laberinto del corazón del hombre, conocen sus senos y escondrijos, sus entradas y salidas y la infinita variedad de sus embates y maquinaciones; y como todo lo pintan y ponen delante de los ojos, como á cada cosa dan su voz y á cada diferencia de matiz su diferencia de tinte y de colorido, el color, la acción, la vida de las pasiones y sentimientos que describen, discurriendo vigorosísimas en su lenguaje le comunican una riqueza y variedad incomparables. Si no les bastan las voces conocidas, las inventan nuevas. Su genio, excitado por la experiencia, hácese de continuo creador. Al toque de la mágica varilla brotan frases y modos de decir originalísimos, expresiones vivaces é idiomáticas, figuras galanas y bizarras, pregoneras de la opulencia de ideas y de la vivacidad de los sentimientos de que rebosan las almas. Y esto no es propio de unos pocos escritores de aquella edad, sino de todos, pues no hay uno siquiera, aun de los más oscuros, donde no se sorprendan á cada paso frases admirables por su novedad, riqueza y valentía.

Y esta riqueza y variedad de lenguaje resultan más notables y dignas de admiración si las comparamos con la pobreza y

uniformidad de estilo que se advierten en los escritores españoles, según se alejan de aquel siglo gloriosísimo. La verificación de esto es facilísima, pues basta para ello tomar cualquier libro del siglo siguiente, el décimooctavo, y leer de él unas pocas páginas no más para ver la diferencia entre una y otra manera de escribir. Es tal esta diferencia y tal la uniformidad y penuria del estilo de aquel tiempo, que un crítico tan competente como el que más en esta materia, D. Antonio Capmany (1), pudo decir con justísima razón: «La mitad de la lengua castellana está enterrada, pues los vocablos más puros, más hermosos y eficaces hace medio siglo que ya no salen á la luz pública». Entiéndase en los libros y papeles escritos, que en el habla común del pueblo vivieron y viven y perseveran todavía por dicha estas palabras.

No hay duda que la hermosura de esta lengua y su riqueza y opulencia de formas, y la extremada elegancia de luz y de primores y delicadezas de estilo eran títulos bastantes para que, no conteniéndose en los límites en que naturalmente estaba circunscrita, saliese á peregrinar por el mundo y á solicitar la afición y el estudio de todas las gentes instruídas de Europa; pero al subir al carro de los triunfos de España y al coronar sus gloriosos trofeos, aquellos títulos fueron rubricados por la victoria, y la que era lengua particular de una parte no más de nuestra Península, quedó convertida en lengua cortesana, aristocrática y universal.

Fué la lengua española en aquel siglo la más hablada entre las gentes nobles y de buena educación, la más usada en las cortes de Europa, la común y vulgar entre las personas instruídas, de suerte que así como la lengua latina era la usual en los libros y disputas y contiendas literarias, así era la lengua

(1) En su *Filosofía de la elocuencia*, parte 1.^a, art. III.

española la usada en el trato común internacional y de las personas y gentes distinguidas.

Refiere el Licenciado Villalón que cuando el Emperador Carlos V, que *se preciaba de español*, venció en el río Albis al Duque de Sajonia, al presentársele para prestarle obediencia y demandarle perdón todos los señoríos y principados de Alemania, habláronle, por aplacerle, en castellano.

El mismo César Carlos V en el discurso que en cierta ocasión dirigió al Senado genovés decía: «Aunque pudiera hablaros en latín, toscano, francés ó tudesco, he querido preferir la lengua castellana porque me entiendan todos».

Y años adelante Felipe IV, al dar el parabien al Papa Alejandro VII por su elevación al Sumo Pontificado, quiso escribirsele en castellano, terminando su carta con estas gloriosas palabras: «La hubiera escrito en lengua latina, si en medio de ser la española su hija no excediese aún á la misma madre en la gravedad de su carácter, posesión de sus lacónicas frases, majestad de sus palabras y en lo peregrino de sus exquisitos y vivaces conceptos».

Fuera de estos testimonios que se refieren á casos particulares, aunque muy notables, son conocidas las palabras de uno de los interlocutores en el *Diálogo de la lengua* escrito por los años de 1540, donde dice que «ya en Italia, así entre damas como caballeros, se tenía por gentileza y galanía saber hablar castellano». «El común de las gentes—decía el Licenciado Villalón—son inclinadas á la dulzura de la lengua castellana, que les aplace mucho y se precian de hablar en ella y el flamenco, el italiano, el francés y aun el alemán se huelgan de lo hablar»; y, porque, añade con razón, «la lengua castellana lo merece todo por su elegancia y copiosidad, que cierto es muy acomodada á bien decir». Es notorio, además, que en Roma y en París había por aquel tiempo estudios públicos donde se en-

señaba la lengua española, y que, como ahora tenemos ayos que enseñan á los niños el inglés ó el francés, así los nobles de entonces tenían en sus casas ayos españoles que enseñaban á sus hijos el uso de nuestra lengua (1).

Era la lengua española la más común y la más extendida por Europa. En español se hablaba lo mismo en las márgenes del Tíber que en las del Sena y del Danubio; lo mismo en las alegres calles de Nápoles y de Milán que en las brumosas de Gante y de Bruselas. Libros españoles eran dados á la stampa en la mayor parte de las ciudades del mundo civilizado. Las obras maravillosas del arte dramático español eran representadas y aplaudidas en los teatros de Francia, Italia, Cerdeña y Flandes, y tanto gustaba el público de ellas, que el famoso comediante Sebastián del Prado representó en París, cuando la Infanta María Teresa, hija de Felipe II, pasó á casarse con Luis XIV; María Laredo hizo damas en las compañías que andaban por Italia y nunca vino á España; en tiempo de Gregorio XV, y con permiso de este Pontífice, se representaron nuestras comedias en la corte romana y á presencia de insignes purpurados, según lo escribe un testigo de vista, el P. Tomás Hurtado, y á fines del siglo XVII eran todavía representadas estas mismas comedias con aplauso extraordinario por los judíos, portugueses y espa-

(1) Así lo atestigua el Maestro Ximénez Patón en el prólogo á su *Elocuencia española en arte*, impresa en Toledo el año de 1604, alegando la *suma del privilegio* concedido en París el año de 1555 á Bartolomé Gravio para poder imprimir, entre otros libros que se leían en las escuelas, un arte para enseñar la lengua española, y copiando los testimonios del editor francés de este arte para demostrar la necesidad que generalmente había entonces de aprender nuestra lengua. Sobre los autores de gramáticas y vocabularios de la lengua española para uso de los extranjeros puede consultarse la *Biblioteca histórica de la filología castellana* del Excmo. Sr. Conde de la Viñaza y el interesante libro de Mr. Alfredo Morel-Fatio *Ambrosio de Salazar et l'étude de l'espagnol en France sous Louis XIII*, publicado en París, año de 1901.

ñoses residentes en Amsterdam y en otras ciudades de los Países Bajos.

El uso de la lengua de España se había extendido al compás de su poderío. Donde quiera que se ideaban empresas grandes y hazañosas, allí vibraban dominadores los acentos de nuestra lengua. En español se habían dado los gritos con que los compañeros de Cristóbal Colón saludaron la isla de Guanahani al divisarla desde las famosas carabelas. En español se hizo aquel reto, para siempre memorable, con que el intrépido Núñez de Balboa, marchando por entre las ondas, en una mano la espada y en otra la bandera de Castilla, tomó posesión del mar del Sur en nombre de los Reyes de España, jurando morir por defendérselo contra todos los reyes y príncipes del mundo. Españoles eran los ecos que resonaban en las lagunas de Anáhuac al ser atravesadas por Hernán Cortés y su ejército invencible. Españolas las primeras voces que repercutieron en las cumbres de los Andes, en las márgenes de Las Amazonas, del Magdalena y del Orinoco, en las selvas vírgenes de la Florida y de la California. Española la lengua que rodeó por primera vez el cerco de la tierra, envolviéndola en la majestad de sus sonidos. Española la predicación del Evangelio llevada por todo el mundo por nuestros frailes y misioneros, siempre luminosa y civilizadora, sobreponiéndose al estruendo de los combates, teniendo á raya los instintos de la codicia y la crueldad de la barbarie, y proclamando á boca llena los derechos de Dios, la hermandad de todos los hombres, el respeto á los débiles, los fueros de la virtud y de la conciencia.

Al resonar la lengua española por tantas y tan diversas regiones, resonó con la dignidad y señorío que convenían á la que era reina y dominadora del mundo. *Incessu patuit Dea*. En tanta variedad de gentes y en tan grande confusión de hablas é idiomas, sus sonidos, no sólo no se perdieron, sino que vibraron

con más fuerza y se propagaron con más bella y más grandiosa resonancia. Su dignidad y hermosura, lejos de estragarse con tanta diferencia de voces, se acrecentaron maravillosamente, levantando los quilates de su pureza y dilatando inmensamente los términos de su imperio. Enriquecióse su diccionario tomando cantidad de voces extranjeras, pero acomodándolas como se ha dicho á su índole peculiar y vivificándolas con su virtud. Su sintaxis, parte la más rica y esencial del lenguaje, se afirmó y robusteció, adquiriendo al propio tiempo mayor flexibilidad y más graciosa lozanía. Las frases ó modos de decir ganaron en variedad y galanura, pero permaneciendo siempre fieles al genio nacional. El habla, en fin, considerada en todos sus elementos, se ilustró y enriqueció prodigiosamente, pero perseverando siempre pura, siempre castiza, siempre española (1).

Así, en verdad, había de ser. La pujanza de vida que animaba á la lengua española, era efecto y trasunto de la vitalidad extraordinaria que alentaba á nuestra nación; y como esta vitalidad era propia, no prestada ni ficticia, propia y espontánea y eficacísima había de ser también la vida de nuestra lengua; como la grandeza de España era el desenvolvimiento natural de su espíritu, de las cualidades que constituyen su ser, de lo más íntimo y esencial que hay en su naturaleza, así la perfección de nuestra lengua era la perfección y el colmo de todas las excelencias que adornaban el genio de nuestra nación y la revelación más espléndida de estas excelencias; en fin, como la

(1) Mateo Alemán, en el fol. 36 (vuelto) de su curioso y rarísimo libro *Ortografía castellana*, impreso en Méjico en 1609, al hablar de la facilidad con que nuestra lengua tomaba de las extranjeras palabras y dicciones, convirtiéndolas, como él dice, en *frasis castellano*, la compara al «mayo de Portugal, que lo cargaron de joyas y se alzó con todas».

nación española nunca ha sido tan verdaderamente española como en aquella edad, para siempre gloriosísima, así nuestra lengua nunca ha sido más pura, más legítima y sinceramente española que entonces.

Y este es el timbre y el blasón más glorioso de los escritores de aquel tiempo; esto es lo que los levanta sobre los escritores españoles de todos los tiempos y edades; este es el fundamento y la razón de la especie de culto que les rendimos, que los realza y engrandece maravillosamente á nuestros ojos y que les asegura gloriosa inmortalidad y veneración y renombre perdurables. Sin duda alguna no fueron perfectos en todo, antes hay que confesar que en sus libros y escritos no siempre se inspiraron de las Gracias, que desoyeron á menudo sus consejos y que muchas veces anduvieron desacompañados de aquella bella deidad á quien los griegos adoraron con el nombre de *santa Harmonia*. Será esto efecto de nuestra genial manera de ser, de nuestro caracter inquieto y turbulento, del desorden de nuestra imaginación rebelde al freno é impaciente de trabas y sujeciones; explíquese como se quiera, pero esta es la verdad. Mas con sus defectos y todo, aquellos escritores esclarecidos serán eternamente los maestros del buen lenguaje castellano, los guías y maestros del buen estilo, nuestros modelos, nuestros *clásicos*, y no ya por la pompa de su lenguaje, ni por la lozanía de su imaginación, ni por la hermosura de sus frases, aunque en esto sean admirables, cuanto porque en ellos, más que en otros algunos, vemos representada la expresión más apropiada de nuestro genio artístico y literario, porque en sus escritos vive y florece lo más íntimo y sustancial, lo más sano y brioso que hay en la vida de nuestra nación; porque ellos, en fin, fueron propia y genuinamente españoles.

Prez la más alta de nuestra gente, personificación de su espíritu y cifra y trasunto de las más brillantes cualidades

del ingenio español, resplandecen en las regiones más elevadas del pensamiento y participan de la inmortalidad que está vinculada á todas las glorias y grandezas del alma. Así perecerán ó han perecido ya muchos libros de otros siglos y de otras edades; pero los libros de aquella edad venturosa vivirán eternamente. La materia ó asunto que en ellos se trata podrá ser de poca ó ninguna importancia; pero el lenguaje y el estilo serán siempre merecedores de atención y estudio. Variará el gusto en su parte accidental, ó pasajera; pero el espíritu de vida que discurre por las páginas de aquellos libros será inmortal; y mientras exista la nación española, mientras vibren en labios humanos los grandiosos acentos del habla de Castilla, mientras haya en el mundo un alma sensible á los atractivos del arte y de la hermosura, los nombres de aquellos escritores ilustres serán citados con la más viva admiración, y volarán de boca en boca, irradiando por los espacios de la tierra una claridad inextinguible, y dando al sagrado nombre de España una especie de resonancia augusta, que, vencedora de los estragos y las ruinas del tiempo, flotará sobre los estruendos de las revoluciones y naufragios, y levantará los timbres literarios de nuestra patria á las esferas más sublimes de la inmortalidad y de la gloria.

¡Granada, León, Lope de Vega, Cervantes! ¡Qué mágico prestigio traen consigo estos nombres! ¡Cuán regaladamente suenan en el oído! ¡Cómo enardecen el corazón y dilatan el pecho y recrean é iluminan el alma, revelándole los divinos misterios del arte y descubriéndole los ocultos mineros de donde fluye y se derrama por el lenguaje cuanto hay en él noble, espléndido y engrandecedor! El que desama ó menosprecia estos autores y cuantos florecieron en la edad que fué ennoblecida con las producciones de sus ingenios, renuncie á conocer la grandeza y hermosura del habla castellana; descon-

fie de llegar á la perfección en el arte de hablar y de escribir; desespere de alcanzar jamás la palma de la perfecta elocuencia.

Preguntado una vez D. Nicolás Fernandez Moratín qué libros leería un joven que deseaba formarse en el castizo lenguaje poético, respondió: griegos y españoles, latinos y españoles, franceses y españoles, italianos y españoles, ingleses y españoles; bella respuesta, pero á la cual hay que añadir que este consejo es aún más provechoso y tiene más aplicación á la prosa que á la poesía y que los autores que hay que leer y estudiar con preferencia han de ser los del siglo de oro de nuestra literatura. El que aspire á la gloria del arte y del estilo, tenga sus ojos fijos en estos escritores soberanos; consúltelos en sus dudas; imítelos y tómelos por ejemplares, seguro de haber escogido los mejores consejeros y adalides en la noble empresa de estudiar y esclarecer nuestra lengua. Elíjalos cada cual, según sus gustos y según las condiciones especiales de su ingenio, que en todos tendrá mucho que admirar y aprender. En unos, conocerá la pureza y propiedad de las palabras; en otros, la gallardía y elegancia de la frase; en éste, la redondez y armonía del período; en aquél, la nobleza y majestad de la verdadera elocuencia; en todos, la grandeza y la sinceridad de la inspiración, la alteza de los conceptos, su amor á la verdad, madre de la que llama Quintiliano *santidad* del estilo. Estudiándolos aprenderá á conocer y estimar los tesoros y las perfecciones de nuestro idioma; se alimentará de las ideas y de los sentimientos que vivificaron aquellos espíritus sublimes; se acostumbrará á pensar como ellos, para poder escribir y hablar como ellos; y participando del principio de vida que palpita en sus escritos, participará también de la vida misma que anima y vivifica la esencia de la nación española.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

POR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

SEÑORES:

No se han cumplido aún dos años desde que descendió á la tumba uno de los más gloriosos ornamentos de esta Academia, uno de los mayores poetas dramáticos que nuestro siglo ha producido. Alejado de nuestras juntas por sus achaques habituales, algunos de sus compañeros ni aun llegamos á conocerle; pero su nombre era nuestra gloria, su espíritu habitaba en este recinto, y parecía que su mismo apartamiento de todas las discusiones y luchas de nuestra literatura actual le daba ya en vida la aureola de los inmortales. El era uno de los pocos sobrevivientes del gran período romántico, y su nombre sonaba en los oídos de la juventud de nuestros tiempos como el nombre de Lope ó el nombre de Calderón. Vivo aun, había pasado á la categoría de los clásicos. Sus versos habían sido de los primeros que halagaron nuestros oídos en la infancia, y persistían en nuestra memoria con la tenacidad de las primeras y más frescas y duraderas emociones. Si cabe todavía ser poeta popu-